

# Crónica peruana contemporánea: tataranieta sanguínea de la Crónica de Indias

Sandro BOSSIO SUÁREZ  
Universidad Nacional del Centro del Perú

## RESUMEN

La crónica latinoamericana goza de estupenda salud. Esta especie híbrida se ha convertido en la última década en nuestro mejor producto literario de exportación. Nombres como Juan Villoro, Alberto Salcedo Ramos, Martín Caparrós, Juan Pablo Meneses, Leila Guerriero, entre otros, salpican el continente de arriba abajo. De igual forma, el universo gráfico de nuestro hemisferio, desde México hasta la Argentina, gracias a estos talentos, está repleto de extraordinarias revistas donde la crónica y el gran reportaje están siempre presentes. En este punto surge la pregunta: ¿Por qué el Perú destaca en el firmamento de la crónica latinoamericana? La respuesta, seguramente, es porque tiene una rica generación de cronistas; y, además, porque cuenta con una de las revistas más importantes del género. Estas respuestas, sin embargo, nos remiten a una nueva: ¿Y por qué el Perú cuenta con la mayor cantidad de buenos cronistas en Latinoamérica? Lanzamos una hipótesis: el Perú ha sido el país que mejor ha guardado la tradición de la Crónica de Indias, en la que encontramos ahora la semilla de la nueva raza de cronistas urbanos. En ese sentido, el presente ensayo pretende responder a esas inquietudes académicas de manera general y particular, abordando la tradición latinoamericana y, en especial, peruana de la crónica. Para ello toma como fundamento la Crónica de Indias, su identidad, evolución y modernización. Transversalmente, se ocupa de los grandes temas que la crónica latinoamericana sacude: la violencia, la extravagancia, la soledad, la muerte.

**Palabras clave:** Crónica de Indias, Crónica peruana, Crónica Hispanoamericana, Cronista.

## Contemporary Peruvian Chronicle: Sanguineous Great Great Grandson of the Indias Chronicle

### ABSTRACT

The Latin American chronicle enjoys wonderful health. This hybrid species has become during the last decade in our best literary product of export. Names like Juan Villoro, Alberto Salcedo Ramos, Martin Caparrós, Juan Pablo Meneses, Leila Guerriero, among others, sprinkle the continent from top to bottom. Similarly, the graphical universe of our hemisphere, from Mexico to Argentina, thanks to these talents, is filled with extraordinary magazines where the chronicle and the great reportage are always present. In this point the question arises: Why does Peru highlight in the Latin American chronicle firmament? The answer, surely, is because it has a rich generation of chroniclers, and in addition, because it has one of the most important magazines of the sort. These answers, nevertheless, send us a

new question: And so why does Peru count with the greater amount of good chroniclers in Latin America? We sent a hypothesis: Peru has been the country that better has kept the tradition from the Indias Chronicle, in that we now found the seed of the new urban chronicler's race. In that sense, this essay pretends to answer to that academic restlessness with general and particular ways, approaching the Latin American and, in special, Peruvian tradition of the chronicle. For achieving this, it takes like foundation the Indias chronicle, its identity, evolution and modernization. Cross-sectionally, it takes care of the great subjects that the Latin American chronicle shakes: the violence, the extravagance, the solitude, the death.

**Keywords:** Indias Chronicle, Peruvian Chronicle, Hispano-American Chronicle, Chronicler.

**SUMARIO:** 1. Crónicas de ver, de admirar y de sentir. 2. Renovación y crónica. 3. ¿Pero qué es, realmente, la crónica?

Los antiguos hombres peruanos masticaban coca con elementos alcalinos para adormecer lengua, labios y garganta, fenómeno que en quechua se llama “kunka sukunka” (es decir “faringe adormecida”). Quien nos lo cuenta en una anécdota sabrosa es el jesuita español Bernabé Cobo, quien, dice, fue beneficiario del “kunka sukunka” cuando tuvo que combatir un terrible dolor de muelas.

Polo de Ondegardo, un cronista hispano que se casó con una descendiente de Manco Inca con el solo propósito de obtener los secretos de la “panaca incaica”, es decir, de las familias reales, describió cómo los médicos aborígenes cortaban la carne de los heridos en sorprendentes cirugías y, después de ella, cerraban las heridas engrapándolas con cabezas de escarabajos.

Garcilaso de la Vega, el Inca, narra que los indios “guancas” adoraban por dios la figura de un perro “y así lo tenían en sus templos como ídolo, y comían sabrosísimamente su la carne de perro por la cual se deleitaban”, y que además confeccionaban idolillos con los colmillos y tambores con la piel, porque creían que de esa manera iban a adquirir la fidelidad y ferocidad de esos nobles animales. Por esa costumbre, dice el cronista, los “guancas” fueron llamados “guancas comeperros”.

Pedro Cieza de León, en su largo recorrido por los andurriales del sur meridional del Perú, se encontró con unas mujeres solas, viejas, que se protegían en cuevas y grutas, a quienes llamó “pampa-huarmis” o “mujeres de la pampa”. En sus crónicas cuenta la terrible historia: eran mujeres públicas, prostitutas, que, por norma, no podían vivir en la sociedad incaica por exceso de edad. Estaban proscritas, prohibidas de volver a la civilidad, condenadas a morir entre los filudos incisivos del hambre y el frío. Pero muchas de ellas no morían pese a que la gente no las socorría y, verdaderas Amazonas de ande, combatían a la fatalidad. Así las encontró Cieza de León y así las presentó al mundo arracimadas en cuevas y grutas.

Guamán Poma de Ayala, el primer cronista gráfico que tiene el mundo, recorrió gran parte del territorio virreinal del Perú anotando lo que veía, escuchaba, olía, y logró para la humanidad dos libros maravillosos que –no se sabe cómo– sacó de la Colonia sin que nadie se enterara, aun cuando las aduanas terrestres y flotantes estaban instruidas para perseguirlos, pero, sobre todo, para destruirlos. Cuenta en uno de los pasajes más intensos de sus memorias que vio cómo los indios de Huánuco curaban sus males comiendo un sanco pestilente logrado sobre la base de tubérculos podridos en grandes pozas de fango y pecina. Quinientos años después, este producto se ha puesto de moda, se ha convertido en todo un “boom” exportable de la medicina tradicional: se llama “tocosh” y el Perú lo sigue produciendo a la usanza incaica en las zonas templadas del centro del país.

El propio Gabriel García Márquez relata que Antonio Pigafetta, el navegante florentino amigo de correrías de Magallanes, contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. También “un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo”. El gran colombiano también nos cuenta –y es cierto– que uno de los tantos misterios nunca descifrados “es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cusco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino” (7).

Martín Caparrós tiene también una idea al respecto: “La crónica tuvo su momento y ese momento pasó. América se hizo a base de crónicas. América se llenó de nombres y de conceptos y de ideas sobre ella a partir de esas crónicas, que eran como un intento increíble de adaptación de lo que se sabía a lo que no se sabía. Hay estos ejemplos notables en que un cronista de indias describe una fruta que no había visto nunca y dice: es como las manzanas de Castilla, solo que es ovalada y adentro tiene carne anaranjada. Obviamente, no tenía nada que ver con la manzana de Castilla, pero tenía que partir de algo, no podía empezar de la nada. Partía de lo conocido para llegar a lo desconocido” (2003: 19).

“Las crónicas de Indias son una fuente para conocer no sólo la historia del descubrimiento y conquista de América, así como del desarrollo histórico de los virreinos de ultramar, sino también del mundo prehispánico”, nos explica Justo Fernández López (2002: 23). Fue este tipo de escrito el llamado crónica de quimera.

A decir de Raúl Porras Barrenechea:

[...] El Inca Garcilaso es la expresión más auténtica de la historia inca y cuzqueña, en Sarmiento de Gamboa está la leyenda épica antagónica del señorío tiránico y turbulento de los Hijos del Sol, en Gutiérrez de Santa Clara la pasión y el estrépito de la guerra civil entre los mismos conquistadores y en Pedro Cieza de León la visión integral y ecuánime del Incario unida a los más nobles y humanos impulsos del colonizador. El indio Felipe Huamán Poma de Ayala, en cambio, hasta por sus nombres totémicos –huamán y puma: halcón y león–

aparece póstuma y sorpresivamente, como una reencarnación de la behetría anterior a los Incas”. (1946)

No podemos eludir a otros enormes cronistas del siglo XVII: Juan de Betanzos, Blas Valera, José de Acosta, Miguel Cabello de Valboa, Martín de Murúa, Antonio de la Calancha, Titu Cusi Yupanqui. Ellos, estamos seguros, plantaron las almendras inaugurales de la crónica peruana y latinoamericana.

### **Crónicas de ver, de admirar y de sentir**

La crónica periodística tuvo diferentes ciclos y envolturas. Después de la crónica de viajes de los primeros españoles y mestizos (a las que me atrevería a llamar “crónicas de ver”), que tuvieron vigencia hasta el siglo XVII y asumieron como función principal mostrar lo que el viajero observaba, le siguió una crónica más culta, mejor trabajada, a la que me atrevería a llamar “crónicas de admirar”. Se trata de crónicas o, mejor, de croniquillas breves, que a modo de viñetas retrataron en el siglo XIX una serie de situaciones sobre todo costumbristas, que tenían como finalidad exaltar las situaciones que extasiaban al cronista. En esta segunda etapa de la crónica, diríamos modernista, encontramos nombres importantes en Latinoamérica, como Amado Nervo, Rubén Darío, José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, casi todos poetas que le cantaban a lo bello. Como dice Samper Pizano, estas eran “notas de corte poético-filosófico-humorístico, rara vez más extensas que una cuartilla o una cuartilla y media, y ésta corresponde al relato tipo reportaje” (cit. por Jaramillo Agudelo 2012: 20). Susana Rotker rescata como el más grande de todos a José Martí, quien a finales del siglo XIX aplicaba en sus despachos periodísticos “la mirada escrutadora, la potencia estilística y la pretensión literaria que ahora vuelve a invadir revistas, intenta tomar diarios y se ha ido acoplando tímidamente, pero con fuerza, a la herramienta de la Internet” (1992: 27). En el Perú un destacado cronista de esta época fue el tarameño José Gálvez. Este brillante poeta escribió gloriosas crónicas costumbristas sobre los rezagos de la Lima colonial.

Como es de presumir, en esta etapa asistimos a la fundición del periodismo con la poesía, que seguirá así, en un estado casi larvario a lo largo de la primera mitad del siglo XX, hasta que en Latinoamérica surgen las primeras voces de cronistas sociales que, en los años cincuenta, se adelantan al fenómeno que una década después aparecerá en los Estados Unidos con el nombre de Nuevo Periodismo. Es, sobre todo, el argentino Rodolfo Walsh, con el desgarrador libro *Operación masacre* (1957), quien asienta esta nueva especie periodística en el continente. Si Walsh es el padre de la crónica latinoamericana, la madre es la mexicana Elena Poniatowska, quien nos conmueve con un libro de extraordinaria factura, que parece irreal tanto por su perfección como por su crudeza: *La noche de Tlatelolco* (1971). Ambos libros, el de Walsh y el de Poniatowska, retratan el mismo tema: la

violencia política de las dictaduras latinoamericanas abatidas sobre el hombre común.

Gabriel García Márquez es otra voz preponderante, prodigiosa en la crónica de esta época. Entre sus muchos trabajos periodísticos, recogidos luego en varios tomos, encontramos *Caracas sin agua*, una célebre crónica que, en su momento, engendró una verdadera conmoción debido a que el colombiano se había tomado la libertad de recrear un personaje ficticio para imprimirle calidad estética a la historia. Los puristas, desde luego, no perdonaron. Y no perdonaron porque, en realidad, no sabían que se trataba de una nueva forma periodística que asomaba y respondía a la demanda de una renovada generación hambrienta de cambios y evolución periodística. Otros nombres destacados son Tomás Eloy Martínez, Carlos Monsiváis, Alejo Carpentier.

En los años sesenta, todo lo planteado por estos extraordinarios cronistas latinoamericanos toma corporalidad en los Estados Unidos, implantándose así en el mundo la genialidad de un Truman Capote, la eficiencia de un Tom Wolfe, el poderío narrativo de un Norman Mailer, la capacidad creadora de un Gay Talese “Esta particular forma de ejercer el oficio, liderada por Tom Wolfe, Truman Capote, Gay Talese, Jimmy Breslin, entre otros, despertó gran controversia dentro del periodismo en general, debido a que, como menciona Wolfe, ‘nadie estaba habituado a considerar que el reportaje tuviera una dimensión estética’”, dice Juan Laverde Palma (12). Hay otros representantes de este movimiento: John O’Hara, Irwin Shaw, James Agee, John Hersey, Lillian Ross, Joe Mitchell, George Orwell, John Reed, entre otros. Pocos se acuerdan, sin embargo, de que el verdadero padre (hoy abuelo nuestro) de la crónica norteamericana fue John Hersey, en la década de los cuarenta, con un texto que con su solo título congela la sangre: *Hiroshima*.

Subgénero de esta estirpe cronicante es el periodismo gonzo, el género que, en los sesenta, aborda directamente el objeto noticioso, involucrando al cronista decididamente en la historia, como un actor más que muestra sus emociones, sentimientos, deseos, y que busca en lo más profundo de la noticia, escarbando casi en la sociedad y el contexto, conviviendo con la noticia misma. El término se usó para describir el estilo narrativo del periodista estadounidense Hunter S. Thompson.

La crónica bélica (o de guerra) floreció desde los albores de la humanidad. Jenofonte es un espléndido cronista, en sus *Anábasis* incluye las primeras y más emocionantes crónicas de batalla, igual que Julio César en su libro *Guerra de las Galias*, que era multicopiada y entregada por capítulos a la sociedad romana para que ésta halagara su sagacidad.

En la modernidad, Ernest Hemingway participó de la guerra civil española reportando para la North American Newspaper Alliance. Exactamente lo mismo hacía el gigantesco poeta peruano César Vallejo, inmerso en la crónica política con este tipo de escritos de inusitada perfección. Y es que el vate, mucho antes que los

cronistas latinoamericanos más conocidos, ya echaba mano de recursos literarios para engalanar sus crónicas.

### **Renovación y crónica**

¿Cuál fue, entonces, la fórmula mágica para convertir a la prosecta “crónica de ver” y la desgastada “crónica de admirar”, en esta arma fascinante, que encandila, avasalla, somete, fanatiza, instaura nuevas generaciones de lectores? Una muy sencilla: la renovación. Y esa renovación ancla, en realidad, en la hibridez. Laverde Palma dice que “existe un sinnúmero de artículos, textos y relatos periodísticos que pueden contarse como antecedentes directos del trabajo que se propone: desde la concepción de historias que pretenden descubrir las posibilidades de la ciudad, hasta reportajes y crónicas que se han valido de las técnicas de la literatura para embellecer sus textos y hacerlos inolvidables” (47). Mark Kramer también lo dice:

El periodismo literario ha establecido su campamento rodeado de géneros emparentados que se traslapan entre sí, como la literatura de viajes, las memorias, el ensayo histórico y etnográfico, la literatura de ficción que se deriva de sucesos reales, junto con la ambigua literatura de semificción, todos estos son campos tentadores delimitados por cercas endeables”. (1969: 36)

Según podemos establecer, en este momento de la evolución de la crónica ésta adopta elementos de la literatura fictiva (como dice Albert Chillón: construcción escena por escena, utilizar elemento dialógicos, punto de vista en tercera persona, y retrato global y detallado de personajes y situaciones) para renacer con un nuevo pelaje (Chillón 1999: 118). Surge así lo que nosotros llamaremos “crónica de sentir”. Samper Pizano le llama a este efecto “literaturalización del periodismo” (cit. por Jaramillo Agudelo 2012: 32).

La “crónica de sentir” es el resultado de una serie de metamorfosis que, a golpe de sumas y agregados, despierta con una fisonomía diferente a finales del siglo XX y principios del siglo XXI: hablamos de la crónica literaria, del periodismo literario, del periodismo narrativo, pero, en suma, hablamos de un solo endriago llamado genéricamente “crónica”. Este concepto, sin embargo, aunque ha arrastrado genes desde los primeros viajeros de la historia (Herodoto, Marco Polo, Daniel Defoe, Américo Vespuccio, Alexander Von Humbolt, Antonio Raimondi), resurge en esta época plenamente renovado.

Nosotros llamaremos “crónicas de sentir” a esta nueva especie, porque basa su elaboración no sólo en el “ver” ni en el “admirar”, sino básicamente en el sentir. La nueva crónica latinoamericana, por no tomar el modelo norteamericano, es una especie resultante de la sumatoria del periodismo, la historia, la etnografía descriptiva, la poesía y, ahora, de la literatura narrativa. Le llamamos “del sentir” porque eso precisamente, el sentir desde el fondo del alma, es su principio básico: el cronista (que es más que un periodista y, a veces, creo más que un novelista por el

rigor que supone su trabajo) debe sentir, vaciar, mostrar sus emociones para, de ese modo, conmover las sensaciones de su lector. Es decir, la crónica contemporánea, además de noticia, historia y técnicas literarias, circunscribe también un complejo mecanismo de psicología relacional. Debido a ello es que en las crónicas contemporáneas (incluso en la televisión) prima en la actualidad el “yo” del autor. Casi siempre el “ego” aparece en las primeras líneas para presentarnos las emociones del cronista y va apareciendo a lo largo del material para, de vez en vez, seguir insuflando personalidad al autor. A esta dinámica se le conoce como “inmersión”. La técnica obtiene excelentes resultados, un ritmo marcado y fluido, cuando esta emoción es administrada con inteligencia, mostrando profundo respeto por lo real. Su riesgo es caer en el narcisismo o, peor, en la egolatría, sobre todo cuando el “yo” invade la crónica de manera abusiva, muchas veces con elementos intrascendentes que terminan por minar la verdadera esencia de la historia. La emoción del cronista, el asombro, su más profundo intimismo deben aparecer sólo como el pretexto inicial, como el anzuelo que nos derive a la realidad social, que es la materia prima del periodismo literario. No olvidemos que la crónica es, ante todo, periodismo, y, por ello, debe contar una historia de interés social. Para Callegaro y Lago el contenido factual –o real– se convierte en relato debido a una serie de procesos de transformación que reducen la infinitud de lo real en un sintagma narrativo delimitado por un principio y un fin. Dicha reducción resulta de una serie de selecciones que toma a su cargo un enunciador (narrador) desde cuya mirada y saber se relatan los hechos y se presentan los actores y su contexto de acción (2012: 76). Esa historia puede estar matizada con nuestras experiencias y sensaciones, pero nunca éstas deben acaparar la atención del lector ni, muchos menos, competir con el protagonismo del tema que tratamos. De lo contrario, estaremos hablando no de crónica, sino de testimonio.

### **¿Pero qué es, realmente, la crónica?**

Hay muchas definiciones para esta especie. Juan Villoro dice que, si el ensayo es el centauro de la literatura, la crónica es el ornitorrinco de la prosa. Martín Caparrós la define como un anacronismo, una forma de contar en una época en que no había otras, un inútil intento de atrapar el tiempo en que uno vive. Mi compatriota Toño Angulo Daneri la describe como la hija incestuosa de la historia y la literatura, que existe desde mucho antes que el periodismo. Señala Darío Jaramillo:

La crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica. Sin negar que se escriben buenas novelas, sin hacer el réquiem de la ficción, un lector que busque materiales que lo entretengan, lo asombren, le hablen de mundos extraños que están enfrente de sus narices, un lector que busque textos escritos por gente que le da importancia a que ese lector no se aburra, ese lector va sobre seguro si lee la crónica latinoamericana actual”. (13)

Para mí la crónica es una sirena apátrida nacida en los barcos griegos, crecida en el renacimiento descubridor, madurada en las narraciones aborígenes de Latinoamérica, muerta en la poesía decimonónica y vuelta a nacer en el periodismo literario de nuestros días.

La crónica latinoamericana goza de estupenda salud al punto que se le ha denominado como “el nuevo boom” (Jurisch 2000: 18). Esta especie híbrida, que se sumerge en las tibias aguas de la literatura y en el légamo más profundo del periodismo, se ha convertido en la última década en nuestro mejor producto literario de exportación. Nombres como Juan Villoro, Alberto Salcedo Ramos, Martín Caparrós, Juan Pablo Meneses, Pedro Lemebel, Jon Lee Anderson, Héctor Abad Faciolince, Alma Guillermoprieto, Daniel Santoro, Leila Guerriero (ganadora del último Premio de Crónica de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano) salpican el continente de arriba abajo. Pienso como un grande en Guido Bilbao, cronista argentino brillante, que ha afirmado los pies en el periodismo policial más sensual y detectivesco. De igual forma, el universo gráfico de nuestro hemisferio, desde México hasta la Argentina, gracias a estos talentos, está repleto de extraordinarias revistas donde la crónica y el gran reportaje gravitan con peso propio. Así, tenemos las excelentes publicaciones que recogen lo mejor de la crónica latinoamericana: *Gatopardo*, *El Malpensante*, *Etiqueta Negra*, *Soho*, por citar sólo algunas.

En ese contexto, el Perú, testigo involucrado en el surgimiento de esta nueva generación de crónicas y padre de perspicaces cronistas modernos, se ha convertido en un país emblema en la puesta en escena de este poderoso género, dotando al universo con la mayor cantidad de voces.

En este punto surge la pregunta: ¿Por qué el Perú destaca en el firmamento de la crónica latinoamericana? La respuesta, clara y contundente, es porque tiene una rica generación de cronistas de novedoso y acendrado estilo; y, además, porque cuenta con una de las revistas más importantes del género, *Etiqueta Negra*, publicación de culto que se comercializa en toda la región continental y más allá (lamentablemente ha bajado mucho su calidad, pero no quiere decir que no siga siendo el principal continente de las mejores crónicas literarias). Hay una nueva revista de este corte en el Perú: *Dedomedio*, una publicación con el mismo formato externo e interno de la anterior. Estas respuestas, sin embargo, nos remiten a una nueva interrogante: ¿Y por qué el Perú cuenta con la mayor cantidad de buenos cronistas en Latinoamérica?

Este país ha sido el que mejor ha guardado la tradición de la Crónica de Indias, en la que, con una intermediación de cuatrocientos años, encontramos ahora la simiente de la nueva progenitura de cronistas urbanos. Julio Villanueva Chang, Eloy Jáuregui, Gabriela Wiener, Toño Angulo Daneri, Marco Avilés, Carlos Paredes, Daniel Titinger, Juan Manuel Robles, Jaime Bedoya, Sergio Vilela sin

contar al propio Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura 2010, han incursionado en el género con excepcionales resultados.

Dos periodistas peruanos de investigación que cruzaron la vereda durante la dictadura de Alberto Fujimori son Gustavo Gorriti y Ricardo Uceda. Con sus crónicas políticas, valerosas y reveladoras, se opusieron a la clamorosa corrupción del monstruo gemelar que imperó una década en el Perú. Sus textos, luego, se convirtieron en libros y así nacieron las mejores páginas periodísticas sobre Vladimiro Montesinos y sobre los sótanos del Pentagonito, donde cientos de estudiantes peruanos fueron torturados, muertos y carbonizados.

Los temas que nuestros cronistas abordan son muchos, pero, en general, pueden agruparse en las clases subalternas existentes en nuestra realidad social, la corrupción que nos hermana, la política siempre sorpresiva, las dictaduras que andan hoy enmascaradas, la pobreza que erosiona a nuestros pueblos, los personajes prominentes que viven en las múltiples heredades de nuestro largo terruño. Ahora bien, los enfoques que nuestros cronistas utilizan individualizan el desarrollo social, donde siempre están la antropología, la sociología, la introspección intimista del escritor que recorre un mundo desconocido. Así funciona la crónica, como un péndulo que se mueve entre el asombro y la atracción, entre los temas reales y la estética literaria, acaso como un halcón de vista afilada que hurga entre los productos extradocumentales más reveladores y los convierte en literatura.

La crónica, así, no sólo se renueva, retoña, sino incluso se recicla, porque no hace mucho he vuelto a leer la crónica de los “guancas comeperros” contada ahora por el cronista antropólogo Marvin Harris en un sugerente texto desde las islas polinesias: *El perro es el mejor amigo del hambre*.

## BIBLIOGRAFÍA

CALLEGARO, Adriana y LAGO, María Cristina.

2012 *La crónica latinoamericana: cruce entre literatura, periodismo y análisis social*. Matanzas: Universidad Nacional de La Matanza.

CAPARRÓS, Martín.

2000 *La crónica según Martín Caparrós*. Cartagena de Indias: Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano.

CHILLÓN, Luis Alberto.

1999 *Periodismo y literatura. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, Justo.

2002 *Cronistas de Indias*. Munich: Hispanoteca.

- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel.  
1982 Discurso en la recepción del Premio Nobel de Literatura. Bogotá: Editorial Oveja negra.
- JARAMILLO AGUDELO, Darío (ed.).  
2012 *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.
- JURISCH, Mario.  
2000 *Crónica latinoamericana: historia y presente*. Revista El Malpensante, Bogotá, pp. 196.
- KRAMER, Mark.  
1969 *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. USA: Editorial Millian.
- LAVERDE PALMA, Juan.  
2002 *Periodismo literario para narrar la ciudad* (Trabajo de producción mediática).
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl.  
1946 “La Crónica India”. *La Prensa*, Lima, 20 de noviembre de 1946.
- ROTKER, Susana.  
2010 *La invención de la crónica*. Caracas: FCE.
- VEGA, Garcilaso de la.  
1990 *Comentarios reales de los Incas*. Madrid: Editorial La Florida.